

La peculiaridad de la política catalana en España

MIQUEL ROCA I JUNYENT *

LA peculiaridad de la participación de Cataluña en la política española es una consecuencia de la misma especificidad de Cataluña. La realidad nacional de Cataluña no ha impuesto únicamente, a lo largo de la historia, un estilo propio a la política catalana, sino que también ha condicionado y definido una forma específica de participación en la política de Estado. Y, lo más relevante de esta situación, es su perdurabilidad: de hecho, en sus rasgos esenciales, las características de la política catalana, en su proyección española, siguen siendo las mismas desde hace muchos años y en todo caso, muy similares en lo que va de siglo.

De hecho, el punto de origen de esta situación es bien conocido: Cataluña, como nación, ha generado una corriente política nacionalista, profundamente arraigada en su realidad social, que ha pretendido y pretende que su personalidad sea respetada. Esta personalidad, basada en un hecho cultural, histórico, institucional y social innegable, ha reclamado un autogobierno que hiciera posible su desarrollo en libertad. A lo largo de muchos avatares y regímenes, coyunturales, dramáticos y enfrentamientos de toda índole, la realidad de Cataluña, como nación, ha sobrevivido. Su «voluntad de ser» ha sido superior a los esfuerzos sistemáticos que pretendían aniquilar los hechos definidores de su propia personalidad.

NACIONALISMO DE DEFENSA

Por ello, el nacionalismo catalán ha sido y es fundamentalmente un nacionalismo de defensa. Se ha tratado de defender lo que «era» a través de la afirmación de la propia identidad. Esta defensa se traduce políticamente en la reivindicación de un autogobierno que otorgue a Cataluña el poder suficiente para desarrollar su personalidad en libertad. Se reclama el poder, para «poder ser».

Hasta ahí, en una muy elemental aproximación al tema, se concreta el contenido de lo que podría calificarse como la visión interiorizada del nacionalismo catalán. Pero, junto a ella, se construye otra dimensión; aquella que pretende defender la propia personalidad, desde una política de Estado que ayude a construir una realidad más cómoda para Cataluña, que «conlleve» mejor el hecho catalán.

Esta segunda vertiente o dimensión es la que define la peculiaridad de la política catalana en España. Es decir, el catalanismo político en vez de construirse desde tesis aislacionistas, lo que ha pretendido es reformar el Estado de tal manera que, desde nuevas coordenadas, la sociedad española en su conjunto desarrollara fór-

* Cauderan (Francia), 1940.
Diputado por Minoría Catalana. Secretario General por Delegación C.I.U.

muías convivenciales y políticas que aceptaran y respetaran el deseo de autogobierno de Cataluña. Esta no ha sido una vía fácil ni agradecida; las dificultades se han sucedido las unas a las otras, y muy a menudo el origen catalán de las mismas ha sido más tenido en cuenta que la conveniencia u oportunidad de sus planteamientos.

Quizás esta última afirmación pueda ser contestada, pero lo que resulta innegable es que las primeras y prematuras propuestas federalistas tienen acento catalán; que es Cambó quien introduce la necesidad regeneracionista de España; y que, más últimamente, el desarrollo autonómico español se articula como respuesta a las reivindicaciones catalana y vasca. Pero, de la misma manera que el autogobierno vasco se consolida como respuesta democrática a la violencia terrorista, en el caso de Cataluña es a su imagen como se pretende generalizar el proyecto autonómico para toda España.

En suma, desde el catalanismo político, se quiere participar en la política de Estado. Pero el problema está en el por qué y el cómo y con qué consecuencias. Ciertamente, este no es un problema de Cataluña «toda». Para las fuerzas políticas no nacionalistas, este problema no existe; en su integración en otras fuerzas políticas de ámbito global español, quieren conducir su propuesta política en términos generalizadores para toda España. Según su ideología, conservadores, centristas, socialistas o comunistas, no entienden que la especificidad nacional de Cataluña les exija una participación política española *desde* Cataluña, sino *para* Cataluña. Es una opinión respetable que no encaja ni se adapta a las tesis formuladas por el catalanismo político que tiene en su haber la experiencia de que cuando las propuestas son exclusivamente *para* Cataluña, acaban traduciéndose en recetarios uniformistas y despersonalizadores que tienden a debilitar la propia identidad.

Para el catalanismo, la participación en la política española debe darse *desde* Cataluña. Es decir, ni diluyendo ni renunciando; construyendo en común, pero desde la propia personalidad. España es un proyecto colectivo común, pero que debe construirse desde la aportación específica y singular que cada uno quiera aportar. En nuestro caso, desde la aportación específica de Cataluña, que confirma la realidad plurinacional y pluricultural del Estado.

¿Por qué? *¿Por qué participar?* Las razones son varias y muy diversas. Desde las que son meramente negativas (*¿por qué no hacerlo?*) a aquellas otras más positivas. Nos interesa influir en la política del Estado, porque es una manera de ayudar a construir una realidad española que respete la realidad catalana; pero también porque de la gestión de los intereses generales puede y debe salir reforzada una determinada visión de la sociedad en su conjunto, de la que no podemos en modo alguno inhibirnos. Pero no sería bueno ocultar las razones del por qué, ni que se dieran por supuestas. Ambas técnicas se han practicado o se han impuesto y el resultado ahí está: aún hoy se habla de la peculiaridad de un problema. Los problemas sólo se solucionan pactando sobre su solución, no ignorando su existencia. No es malo que toda España sepa el por

**«DESDE
CATALUÑA»,
«PARA
CATALUÑA»**

**¿POR QUE
PARTICIPAR?**

qué de una participación en la política del Estado por parte del catalanismo. No todos hacen igual.

Pero más importante es el cómo. ¿Cómo participar? Diluidos en fuerzas políticas de ámbito global español o desde fuerzas específicamente catalanas. Ya se ha dicho antes que el nacionalismo catalán ha optado siempre por esta segunda formulación. Las razones a la vista están; en el trato o acuerdo gana más la dilución catalanista en el proyecto global, que no se catalaniza dicho proyecto global. Y esto es malo para Cataluña y para España, contrariamente a lo que algunos comentaristas —poco conocedores de la historia— puedan opinar. Y es malo porque los interlocutores que desde el Estado se necesitan *sólo* adquieran fuerza o representatividad desde las posiciones del catalanismo político. Son muchos los ejemplos —y aún recientes— que lo demuestran. Apenas se habla de los socialistas «catalanes», se les recuerda simplemente como socialistas; y cuando el Gobierno y la sociedad requiere de algún acuerdo acude al que específicamente puede aportar una representación de más arraigo.

Será fácil aceptar —si no se quiere ceder al sectarismo— que en muchas ocasiones la existencia de un grupo nacionalista catalán en el Parlamento español ha permitido, con su concurso en un Proyecto de Ley determinado, un aval eficaz frente a la sociedad catalana muy superior al peso específico de sus escaños parlamentarios. Era el valor de su construcción «desde» Cataluña.

PROBLEMAS EVIDENTES

Pero este tipo de participación abre problemas evidentes. Desde aquellos relativos a la dificultad de una asociación eficaz con otras fuerzas políticas, a una tendencia a constituirse en partidos bisagras, sometidos por tanto a las presiones de un bipartidismo imperfecto. Ambos problemas no son menores y en ambos el «acento catalán» juega un papel importante y casi siempre negativo; bien porque la asociación pueda aparecer —o se la hace aparecer— como un producto catalán operando *desde fuera* de Cataluña, bien porque el bisagre permite apuntar a la demagógica visión de que las condiciones del apoyo se sitúan siempre en el terreno de contraprestaciones específicas para Cataluña.

Pero a pesar de estos riesgos, no existe motivo para cambiar el «cómo» de la participación política catalana en España. Y también corresponderá a otros asumir la responsabilidad de no impedirla por esta vía, si se concluye que es la que mejor conviene a todos. La no participación abriría una peligrosa vía desestabilizadora; una participación diluida en un proyecto más amplio, situaría la defensa de la personalidad nacional de Cataluña en otras vías, difícilmente presimibles y previsibles, pero en cualquier caso no positivas para la consolidación de las instituciones democráticas y de autogobierno. Ayudar, aceptándola, la vía tradicional de participación del catalanismo en la política española sería una manifestación de responsabilidad.

Pero aún quedan por examinar las consecuencias de esta participación. Participar ¿para qué? En primer lugar, *para descentralizar el poder del Estado*. Cataluña sabe que su propio poder de autogobierno requiere una nueva distribución del poder del Estado. No por la vía de una simple descentralización administrativa, sino

por un auténtico reparto competencial suficiente para definir una política propia, con sus instituciones propias. Esto ha sido y será una constante de la ambición catalana en la política española. Contra ello no vale el argumento simplista de decir que esto debe tener un límite; es evidente, pero también es evidente que con el pretexto del límite, cada vez el listón se sitúa más bajo.

Debe aceptarse que el tema no es fácil. Se trata de recomponer un estado centralista de muchos años. Pero la tendencia y la línea deben ser irreversibles. La resistencia a esta tendencia histórica lo único que ha conseguido hasta la fecha es reforzar el nacionalismo catalán y generalizar a toda España el fenómeno autonómico.

En segundo lugar, *para reforzar la sociedad civil*. El catalanismo nace y se desarrolla en el ámbito de la sociedad y por ello crece y tiene confianza en esta sociedad; en todo caso mucha más confianza en su dinamismo que en el intervencionismo del Estado y de los poderes públicos. Desde su acción de Estado, Cataluña aspira a potenciar este papel de la sociedad civil en todos los campos.

Esto es algo en lo que se coincide desde formulaciones muy diversas, pero que luego en la práctica se traduce en algo muy distinto. El Estado tiene miedo de la sociedad y, por otra parte, buena parte de ésta confía en el papa-Estado más allá de las posibilidades de éste. Cataluña no se ha hecho desde el Estado; normalmente se ha hecho de espaldas a éste, o a pesar de éste. La riqueza cultural, por ejemplo, que ha permitido la supervivencia de su lengua y de su cultura se ha construido alrededor del dinamismo de una sociedad, desbordante de iniciativas.

En tercer lugar, *para modernizar el Estado*. No para administrarlo desde la rutina burocrática o el conformismo de la decadencia impotente. Modernizar, como expresión de competitividad y de eficacia; como marco obligado de cualquier política de progreso. No ha existido en España ningún aire de modernidad del que haya sido ajeno la aportación de Cataluña.

En cuarto lugar, *para progresar y distribuir equitativamente las rentas del progreso*. Por su estructura social, por su historia, Cataluña asocia su propio desarrollo, al equilibrio y al progreso social. En Cataluña la reforma agraria se hizo hace siglos; la industrialización se apoya inicialmente en pequeñas iniciativas; en ninguna otra parte de España el cooperativismo ha sido tan fuerte ni el mutualismo tan extendido.

Catalanismo y progreso son realidades que se combinan y comparten a lo largo de la historia. Y es lógico que en su participación en la política española, quiera Cataluña que su aportación se asocie también a esta idea de progreso. Por ello, histórica y objetivamente, las políticas de progreso en España han encontrado siempre el primer eco favorable en Cataluña, incluso por encima de las coloraciones políticas.

En último término, *para participar del proyecto de una Europa unida*. Cataluña ha sido siempre europea y europeísta, incluso cuando en el resto de España esto no estaba de moda; y quiere seguir siéndolo, forzando una mayor europeización de la política española.

Europa hoy es, sobre todo, una nueva exigencia de solidaridad.

CATALANISMO Y PROGRESO REALIDADES QUE SE COMBINAN

EL PROBLEMA DÉ LA ARTICULACIÓN DE CATALUÑA EN ESPAÑA

En todos los campos; y ser europeo es solidarizarse con la suerte de todos los países europeos. Incluso en lo que sea impopular. Porque sólo así se avanzará en la unidad de una Europa que por encima de fronteras se apoye en la realidad de sus pueblos.

Es obvio que esta es una visión de lo que puede ser la peculiaridad de la política catalana en España. Pero es una visión que se corresponde con lo que ha sido y es el papel del nacionalismo catalán en la política de Estado. Se han construido al respecto profusas teorías y absurdos estudios, más a veces pensados para justificar actitudes propias que en un afán objetivo de relacionar lo que la Historia nos aporta.

En el fondo de todo ello subyace un gran tema: el problema de la articulación de Cataluña en España. Pero lo cierto es que un problema del que se habla desde hace más de ciento cincuenta años —como mínimo— debe reconocerse que no debe estar resuelto, porque si no ya no se hablaría de él. Y este problema, al subistir, tiñe y teñirá la participación de Cataluña en la política española. Y también es evidente que es responsabilidad del catalanismo político, aprovechar este instrumento de leal participación en un proyecto colectivo común para reconducir éste hacia coordenadas más propicias a la aceptación sincera de la propia realidad nacional catalana. Lo que ocurre es que a veces esto es objeto de crítica, menos cuando conviene la participación en forma de ayuda puntual; y, en otras ocasiones se convierte en pretexto para presentar como partidista lo que es una reivindicación global de Cataluña.

Pero el problema subsiste. Ahí está. Sólo desde el pacto que se respete, desde la corresponsabilización en la política de Estado, desde el arrinconamiento del uniformismo despersonalizador, para dejar paso al pluralismo enriquecedor, se empezarán a sentar las bases para su superación. Creo que desde el catalanismo político se han dado pruebas manifiestas de esta voluntad; acertadamente conducidas o no, pero arriesgadamente defendidas en todo caso. Y no de ahora únicamente, sino desde hace mucho tiempo, y siempre con resultado adverso.

A pesar de ello, la vía —con modalidades distintas— sigue siendo la misma.